

Isabel Hernández González - Antonio López Fonseca (editores). *Literatura mundial y traducción*. Madrid. Síntesis. 2017.

Hace casi 200 años que el anciano Johann Wolfgang von Goethe comunicó a su joven secretario Eckermann, con la solemnidad que lo caracterizaba y durante uno de sus paseos por el hayedo de Weimar, una convicción que se iba a revelar palabra en el tiempo: «Hoy día, la literatura nacional no significa mucho: está comenzando la era de la literatura mundial, y todo el mundo debería contribuir a acelerar su advenimiento». Ese aserto fue retomado por muchos otros, entre los que figuraban Marx y Engels, quienes añadieron conceptos políticos, filosóficos y literarios sustanciales en 1848. Desde entonces, los estudios y las propuestas de la literatura han ido respondiendo a los intereses y las necesidades de los lectores con enfoques y perspectivas universales, en sintonía con las demandas de las sociedades respectivas y el espíritu de los tiempos. Todo ello sólo era posible debido al esfuerzo de los traductores, quienes hasta hace poco ni siquiera figuraban en las ediciones de las obras que habían traducido. Objetivo de los coordinadores de la obra que reseñamos es poner en valor la trascendencia de la traducción literaria en su imprescindible proceso de interacciones e intersecciones con la literatura mundial.

Este libro coordinado y editado por Isabel Hernández y Antonio López Fonseca tiene un estudio anterior, debido a Hernández¹. La autora abordaba entonces la literatura comparada, el canon y la traducción en un periplo que no parece exagerado calificar de retorno a la semilla y a los veneros mismos de la prosa en general (si bien al socaire de la alemana en particular, y bajo el amparo del sabio de Weimar). Un regreso a partir del cual se iba configurando pausadamente una metodología y un modo vigoroso para la mejor comprensión de los cambios, ajustes y reubicaciones de los estudios literarios en las literaturas europeas que, sabido es, hubiesen sido muy otras sin la contribución de las traducciones y las influencias mutuas en y entre las distintas lenguas (europeas preponderantemente). Un estudio pionero configurado por cinco capítulos o secciones, cuyos títulos conviene indicar para vislumbrar el posible alcance de un conjunto nutrido de elementos y aspectos múltiples, fruto de una ingente labor de documentación: 1. «Canon y traducción: una relación posible», 2. «Un préstamo: la novela corta», 3. «Un

¹ Isabel Hernández: *Literatura comparada, canon y traducción. Una aproximación europea al concepto de literatura mundial a través del género de novela corta*, Madrid. Escolar y Mayo. 2015.

personaje: Fausto», 4. «Un género: la novela de formación» y 5. «Un momento: el Romanticismo». En esta ocasión nos concierne sobre todo el capítulo primero, que versa, como se desprende del encabezamiento, sobre las interacciones entre la traducción y el canon literario universal, cuya constitución se debe en buena medida a la traducción literaria, por la que los lectores han podido acceder a obras escritas en lenguas «extranjeras». Un público leyente que, sin embargo, no suele ser consciente de la función mediadora del traductor, incluso cuando es sabedor de que el productor de la obra que lee la ha concebido y escrito en otra lengua.

La presencia de los traductores en los textos publicados ha estado - desde los comienzos mismos- arrinconada y condenada al anonimato, pese a que fueran precisamente ellos quienes por su desprendimiento y su renuncia a la ambición subjetivista se conformaran con la actuación y la diligencia de transmitir la buena literatura. Huelga decir que desde el principio mismo los traductores fueron conscientes de que su trabajo era imprescindible, y de que cuando se trataba de textos literarios se sentían pagados por el mero hecho de poder tramitar lo que Antonio Machado llamaría «palabra en el tiempo». Y entre tanto son muchos los traductores que entienden que su trabajo cuenta con pocos apoyos institucionales, y que las casas editoriales tampoco disponen de medios suficientes para tener partes en los procesos de comunicaciones interculturales. Y también saben que la mayoría de los lectores no repara en la función creadora del traductor en la obra que leen, puesto que la autoría es debida a un escritor con nombres y apellidos. Sin embargo, precisamente en esta evidencia (y en el fenómeno que el teólogo evangélico y traductor alemán Friedrich Schleiermacher bautizó con el sintagma de *invisibilidad* del versor²) se manifiesta la calidad de la traducción y la capacidad de difuminarse del traductor para que el lector pueda persistir en la ilusión de que está leyendo una obra que no precisa de intermediarios. Tanto menos en los tiempos de la globalización, capacitada para derribar las lindes culturales con los «bárbaros fieros» rubendarianos y de desautorizar la pregunta de otro de sus versos repetidos («[...] tantos hombres hablaremos inglés?»).

² Aludo a su reputado ensayo de 1813 «Ueber die verschiedenen Methoden des Uebersetzen» (Sobre los diferentes métodos de traducir), en el que consideraba que el traductor tenía dos posibilidades: llevar al autor hacia el lector o viceversa. En el primer caso, se trataría de «exotizar» el texto traducido; en el segundo, de «naturalizarlo». Sobre el concepto de invisibilidad, véase el ensayo de Lawrence Venuti: *The translator's invisibility. A history of translation*, Londres/Nueva York: Routledge, 2008.

Los veintisiete estudios del revelador, oportuno y congruente volumen sobre las interrelaciones e intersecciones entre la literatura mundial y la traducción pulsan acordes inéditos. Las aportaciones teóricas son cuatro; diecisiete las que tratan la cuestión desde enfoques y encauzamientos prácticos; y seis las que estudian aspectos del *Quijote* relacionados con la traducción a otras lenguas, entre las que figuran el árabe, el eslovaco, el chino y el alemán (en la versión de Mörike). Además, en esta última sección se trata la (pseudo)traducción del latín como elemento cómico en boca y uso de Sancho Panza, así como el motivo de la traducción y la participación activa del traductor en la interpretación del texto³ en el *Quijote* (que es, cabe recordarlo, la obra literaria más traducida y reeditada, superada tan sólo por la Biblia).

Los aportes del estudio superan con creces las expectativas en cada una de las secciones, porque cada autor cumple sus propósitos desde su ladera, sobre todo en lo que se refiere a las funciones y el papel desempeñado por la traducción en el desarrollo y la evolución de los diferentes sistemas literarios; y porque ponen de relieve «el papel desempeñado por la traducción en la configuración del mapa literario mundial» (pág. 13). En la sección teórica son numerosas las ideas esenciales que se impulsan y amplifican, especialmente en las dos primeras aportaciones, que cumplen rigurosamente con lo que anuncian en los títulos respectivos: «Traducción literaria, literatura comparada y literatura universal: un viaje a través del canon» (págs. 17-33) y «La traducción (y su historia) en la era del simulacro» (págs. 35-46). Y son muchos los aspectos relacionados con las traducciones literarias que revierten en beneficio del estudio de la literatura propia y las sinergias compartidas entre la comparatística, la traducción y el fenómeno de la globalización editorial. Y son asimismo frecuentes las pesquisas y averiguaciones sobre los paradigmas de la traductología literaria que desembocan en las corrientes caudalosas de la comparatística *sensu stricto*.

³ Como se recordará, es un asunto sobre el que el autor vuelve en reiteradas ocasiones, algunas memorables. Es el caso de los comentarios de aspectos formales, de los juicios de valor o de sus intervenciones censoras en el texto original. También se alude a la vergonzosa retribución que el traductor percibe por su ingente trabajo («dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo», I 9). Tampoco sorprende que Cervantes no indique el nombre del traductor, ausencia que sin duda es denuncia de una práctica entonces muy extendida, puesto que los nombres de los traductores sólo figuraban si eran famosos. Además, el trujamán-intérprete cultural «prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad. [...] en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere» (I 9).

En la nutrida sección segunda son varias las contribuciones novedosas y en algunos casos reveladoras (como el estudio de las autotraducciones de Álvaro Cunqueiro y otros escritores bilingües endógenos o los manejos y estrategias acerca de las referidas al Holocausto).

Entre los méritos del volumen figuran asimismo los trabajos que tratan problemas de traducción en *La guerra de las Galias*, en la versión de *Dolophatos sive De rege et septem sapientibus*, en la autotraducción de *El Tostado*, en la traducción de las décimas de Segismundo, en las del *Orlando innamorato* de Boiardo, en las novelas femeninas del siglo XVIII y la oposición a la discriminación de género, en el léxico coloquial en *Les mystères de Paris* y algunos más. Y también los que abordan las dificultades de comprensión de obras de Celan, Hölderlin y Loetscher y de otros aspectos señalados sobre los enfoques prácticos de esta segunda sección.

En verdad, un libro necesario que aúna una nutrida gavilla de literaturas y las estudia desde las interrelaciones entre traducción y literatura mundial.

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA
UNIVERSIDAD DE BERNA